

Música concreta para Amparo Dávila

Amparo, al nicho destinada, tus cuentos escapan de las teorías definitorias, ¿persigues lo que no es o lo que no es te persigue a ti? Escapas de la definición, ¿no es eso una paradoja? Los que te encuentran te encierran, eres secreto que cuando expuesto enfadas, no nacieron tus cuentos ni tus poemas para las luces de las farolas. En eso insisten, tú no insistes en nada. Alzas preguntas, respondes cartas, Cortázar te adula y por ello eres bien guardada. Que mujer, que zacatecana, todos esos epítetos se te escapan. Eres todos, sí, pero todos no son tú. Tus palabras despojan del abrigo, eres honesta en ello, ese es el alivio de leerte.

Anel Guerrero

Dávila murió, dicen, hablan de la gran escritora zacatecana que no volverá a temer. Una mujer tan llena de historias y de plumas sin tinta no muere, solo viaja y ahora está con el hermano temeroso de «Óscar» en un sótano que nunca conoceremos, está enterrada con un bebé que nunca nació en «El último verano», está afligida con Clara en «La noche de gavilanes». Amparo nos escribe, nos obliga a habitar en una casa con patio grande, nos hace dolientes, valientes, cuestionadas, nos escribe con sus letras lúgubres, nos hace ambiguas, soñadoras, nos imagina con tintes de locura y de peligro. Nos deja viviendo con Mónica y el arte espeluznante en «Música concreta», nos deja habitando con una figura misteriosa en «El Huésped» y temiendo a los alimentos en «Alta cocina». Dávila murió, dicen, pero aún la sentimos en cada noche misteriosa, y en cada personaje que nos abraza.

Valeria Esparza

Amparo Dávila, dices no escribir para nadie, ni buscar efecto alguno en quienes te leen; escribes para ti, cuando, en tus propias palabras, tienes algo que decir. Son tus vivencias las protagonistas en tu prosa, sin embargo, las llevas más allá; les das la armonía y belleza que todo escritor busca en su arte; un arte distinto, original, un misterio, unos tres puntos suspensivos que te carcomen la mente tratando de averiguar el significado detrás de ellos, nos dejas en el limbo, mas no es tu intención dejarnos ahí, tú no buscas una intención. Cual gato negro, tus cuentos se independizan de ti y en la búsqueda de su amo vagan por aquí y por allá hasta caer en las manos de aquel que los sepa apreciar, que los sepa amar y que como buen dueño los acepte; tus cuentos serán una eterna incógnita y como incógnita han de quedar.

Estefanía Basabe

Desde que era adolescente hasta la fecha siempre me gustaron las películas, los cuentos y las historias de terror y horror, esas en las que el personaje principal sufre una catarsis mental y transmuta a otra cosa física. Conocí la obra de Amparo Dávila en la licenciatura, antes ya había escuchado su nombre, pero por descuido no me había aventurado en su obra. En varios de sus cuentos existe esta transformación de personajes que tanto me gusta: encontré a Mary Shelley y a Franz Kafka en cuentos como «Óscar», recordé mi primer corazón roto en «La carta», recordé a mi madre y a mi abuela en «El huésped» y «En el último verano»; reflejé mi vida cotidiana en su obra. Si pudiera viajar en el tiempo le diría a mi yo adolescente que encontrara refugio en la obra de Amparo Dávila, en esa obra que ahora es cercana para mí, y que está bien ser diferente, que no era raro, solo era un personaje escrito por ella.

Elías Villagrana Troncoso

Aún recuerdo mi primer acercamiento a Amparo Dávila, pareciera que el día sabía que leería su obra, ya que el sol no salió a su hora. Era una mañana en Letras, los salones estaban cobijados por un frío de octubre y la doctora Valeria nos pasaba un documento: «Alta cocina» decía el título. Yo no sabía quién era Amparo a pesar de tener cosas que nos unían: Zacatecas, poesía, gatos, Luis Ángel muerto. La conocí esa mañana. Estaba maravillada por lo que acababa de leer, rápidamente trataba de sacar conclusiones de qué era eso que se cocinaba. Mientras en el ambiente se escuchaban hipótesis y comentarios grité: «Caracoles, son caracoles». El silencio fue ensordecedor y la reacción de la maestra y su «nunca había pensado eso» me hizo sentir especial. Ahora encuentro a Amparo en el patio de mi casa, en alguna «Música concreta», en «El espejo» y obviamente en «El desayuno».

Ana Sofía Villagrana Rodríguez

Compartir raíces con una escritora como Amparo Dávila deja una perspectiva profunda en tu vida una vez que decides seguir su camino, o al menos uno que se le iguale. Nada que sus textos no hayan hecho cuestionar a un simple lector es tan extraño como lo es la vida. Esa es una pequeña fracción de la perspectiva que te da lo lúgubre de sus textos; recorrer las calles que asemejan sus palabras y escuchar historias que se igualan con las tuyas es parte de ese gran legado que yo llamo «raíces compartidas». Amparo Dávila, una maestra en el arte del suspenso y lo sobrenatural, teje historias que penetran en lo más profundo de la mente humana y, con sus personajes atormentados por la soledad, el miedo y la paranoia que enfrentan realidades perturbadoras y desafían los límites de lo racional, me hace preguntarme: ¿era ella uno de esos personajes en esta obra mal contada llamada vida? Solo me deja decir que su obra trasciende el tiempo y el espacio, dejando una huella indeleble en aquellos que se aventuran en su universo literario y aquellos capaces de atreverse a cuestionar.

Aidé Villagrán

A Amparo Dávila: la escritora de Zacatecas, la escritora de Pinos
Mujer literaria que escribió sobre las voces bajas, las voces mudas, las calladas. Te extrañamos y te celebramos en las historias siniestras que nos escribiste, en las preguntas que nos dejaste en un punto final y las respuestas que nunca recibimos. Te recordamos desde tus cuentos, tus misterios y tus funestos personajes. Nos hiciste huéspedes de

tu pluma, nos preparaste un platillo de alta cocina y un diario al final nos leíste. Tu personalidad lúgubre y alquimia desarrollada nos impidió dejarte en el olvido, en realidad ¿quién olvida a quien le mostró las habitaciones oscuras? ¿Quién olvida a quien le enseñó sobre misterio, sobre secretos y los daños del verano? Llenaste más que unas hojas en blanco, te permitiste darle espacio al pensamiento de tu tiempo. Te recordamos más que nunca. Te recordamos desde Zacatecas. Te recordamos desde Letras.

Magali De León

Mi acercamiento con Amparo Dávila fue en primer semestre con su cuento «Alta cocina», yo no había escuchado nada sobre ella. Sin embargo, su cuento me hizo pensar, ya que salieron teorías desde que se cocinaban caracoles o hasta que alguien estaba cayendo al abismo de la locura. Con su escritura logró que me imaginara los escenarios; esa es la magia de la escritura de Amparo. En sus cuentos se junta lo extraño con lo mágico y te lleva a otra época. Te hace cuestionarte y luego reflexionar, ¿qué se puede reflexionar? La respuesta está ahí, en esa conjugación de lo mágico con lo extraño que hay en sus cuentos, nos lleva a lo profundo y quitarnos la venda, y la mujer es lo principal. Amparo Dávila no murió, ella sigue presente en esas historias que en apariencia parecen lejanas, pero están más cerca de lo que se puede pensar.

David Orozco Morales

Amparo Dávila, entre épocas es más que un nombre, es una voz, una imaginación y un universo de realidades hipotéticas, fantásticas, engañosas y hasta caprichosas. Una mujer de mente transgresora que tintó la realidad de muchas otras del siglo XX, en carácter de escriba; por tanto, en el siglo XXI es, para mujeres de escritura femenina, una figura inefable por seguir y apreciar. Leer sus cuentos transforma el sentido significativo del verbo leer, es hacer un trato en carne viva con el misticismo y la realidad, las mentes se enfrascan en mundos misteriosos, lúgubres y enigmáticos, donde cínicamente se toma la libertad de jugar con las emociones y los sentimientos, nos seduce a encarnar a sus propios personajes, dándole asimismo el control del tiempo; es un viaje a lo iconográfico del horror, los miedos latentes y los estados de quiebre de la mente humana. Amparo Dávila, por siempre querida escritora zacatecana.

Frida Sofía Núñez Calderón

La belleza como disfraz

Invitados están a cruzar este puente desde occidente a oriente, Bi Shumin, el ángel blanco de la literatura china, manifiesta en su narrativa los estados psicológicos y físicos de la enfermedad. Antes de dedicarse a la literatura, la escritora fue médico en el Tíbet, desde esas alturas contempló la inmensidad, testigo fue de la magna naturaleza, de su colorido multiforme y, también, de la desgracia o socorro de la vida: la muerte. Su cuento «El atuendo celestial sin costuras» expone el límite que se traspasa constantemente en nuestra sociedad, quien recurre más y más al bisturí, al estiramiento de la piel, a las prótesis, al artificio del cuerpo, uno, dos por tres y ¡pam!, ¡boom!, felicidades por su cuerpo rediseñado. El pie de uno mismo puede pisar esas clínicas de cirugía plástica pero, ¿qué pasa si se lleva a un bebé, gestado en su propio seno para que el bisturí sea un pincel para afinar la belleza del infante... Zou es una madre desesperada, lo que más ahora es reparar la tragedia que una comida deliciosa la condenó a engendrar un bebé

con labio leporino. Los personajes de Shumin danzan en las calles de la mancha urbana sin poder despojarse de las míticas tradicionales de la cultura china, que aún marca sus destinos; en este concreto caso, la carne del conejo es el eje central, el detonante de la tragedia. Se cree que la carne del conejo de nieve promete un buen porvenir a quien lo degusta, sin embargo sus prodigios tienen un lado oscuro, cuyas repercusiones se hacen presentes en quienes gestan vida. El manjar que Zou consume deja su huella, da a luz a un hijo con labio leporino, frustrando toda felicidad presente y futura. ¿Cómo vivirá la creatura, ese bebé sano y fuerte (pero feo), en un mundo donde la belleza se aprecia más que la salud? Esta madre llega a los límites para dejar el sufrimiento atrás, ¿de quién? Del hijo sin nombre que no puede amamantar, o el de ella, la mujer perfecta hasta entonces. La salida será encontrar el disfraz perfecto de su pequeño monstruo, uno moldeado por el cirujano plástico para otorgar a su rostro un atuendo perfecto, un atuendo celestial, sin costuras, que pueda conducir a su hijo a la vida de la felicidad y el éxito, es crucial que nadie conozca la deshonra con la que nació el pequeño. El desenlace de Zou radica en una perfecta cirugía sin sentido ya, una madre pasmada, un bebé de hielo como copo de nieve. Bi trenza en su literatura los aspectos de la vida moderna china, las tradiciones ancestrales y las decisiones a las que las nuevas generaciones se enfrentan. Cuidese lector, de probar la carne de conejo de nieve si está por encargar un bebé. ¿Cabría la posibilidad de que al comer conejo de cerro y pastizal se obtengan los mismos resultados? ¿Alguna valiente? Menos mal que en occidente los conejos no hacen ese mal.

Claudia Matilde P. Jiménez

Museo Dávila

Eres el único huésped, no lo sabes, pero ha llegado el final de la lucha. Es momento de elegir tu último banquete. Moisés y Gaspar, los centinelas, están preparándolo en esa olla curtida por un viejo cocinero francés. Mientras tanto, rememoras todas las penurias, todas las amenazas sin rostro, sin nombre. En este aislamiento, en esta angustia, tienes un último instante, una última oportunidad para observar la fragilidad de la naturaleza humana en ese óleo que adorna la pared de tu celda: «Die Nacht», de Ferdinand Hodler.

Jesús Gibrán Alvarado Torres

Amparo medita a la orilla del sueño

Es su poesía una meditación que guía en silencio hacia la intimidad de su sombra. Es un afán por acallar el grito mudo que ensordece los tímpanos de su alma y la nuestra. En su palabra poética resuenan los ecos de la angustia, la amargura de la nostalgia y la resignación de una soledad sosegada. Sus versos son un oleaje melancólico, un vaivén de ausencias y deseos. Pero en su poesía habitan también la ilusión y la esperanza, una luz que resplandece a mitad de la noche ya que del sueño emergen atisbos de felicidad pues la poeta decreta volver al pueblo de su infancia como un ave errante para beberse la luna y nadar en los ríos como una flor acuática; llorar sobre el regazo para que el alma quede «fresca y olorosa como tierra mojada».

Ángeles Valle

Querida Amparo

A la orilla del sueño medito sobre el hueco de tu ausencia, y es que ya nadie escribe música concreta ni salmos bajo la luna. Muero en soledad. Los abriles se han vuelto tristes a pesar del eco de los niños que juegan y ríen en el bosque. Me ha provocado insomnio el miedo por la sombra de los árboles petrificados que cada madrugada me asecha a través de la ventana. Solo me quedan los viernes, cuando el huésped quimérico que dejaste en el sótano y yo hacemos un brindis por ti y el retorno de tu esencia a la tierra en que naciste, a pesar de que, aunque destrozado, el tiempo no se detiene y me aniquila cada noche sin la esperanza de que vuelvas.

Sonia Ibarra-Valdez

Quien dice sin decir: Amparo Dávila

Amparo Dávila, aquella escritora de lo extraño, ha conseguido que lo inquietante sea bastión de las nuevas maneras de hacer literatura en Hispanoamérica. Ahora eso que evocan sus textos, lo peculiar en la vida de sus personajes, es lo insólito que nos muestran autoras como Cecilia Eudave, Mónica Ojeda o Mariana Enríquez, quienes se convierten en ahijadas de la zacatecana para mostrar, bajo esa aura, las situaciones sociales a las que se enfrentan las mujeres a lo largo del tiempo. La vivencia en el mundo daviliano se combina con elementos que parecieran fuera de lo común, pero que claramente muchas de nosotras identificamos en nuestro día a día, puesto que el sincretismo, lo oculto, subjetivo y siniestro, ha sido parte esencial de nuestra identidad y ahora la literatura hecha por mujeres reconoce el enorme potencial que posee este ambiente femenino. Alguna vez fui Amparo Dávila, creando una nueva historia llena cosas sin decir, de lazos familiares enredados y de lágrimas ardientes bajo la dermis; alguna vez todas hemos sido ella cuando tratamos de decir con el lenguaje de la sospecha lo que no se puede y descubriendo que sí existe el modo de no ocultar ocultando.

Arlett Cancino Vázquez

Hidalgo y Allende / Estocolmo 3

Le gano el paso al auto y alcanzo la banqueta. Entro a Estocolmo 3 y Betty y Homero me atienden, ignoran a la mujer de blanco. La esquina del aguamielero. Tomamos dos copas y la pareja sigue ignorando a la joven, qué manera de borrar a las mujeres, qué tiempos. Tropieza mi pie derecho y caigo. La chica permanece sentada, sin molestia aparente, claro que es una agresión a lo femenino. Mis paquetes vuelan un poco, uno de ellos se destripa y expulsa el libro. Caramba, yo debería integrar a la conversación a la chica, de otra manera me convierto en un maltratador. El ticket de venta se pega al plástico de la portada. Les digo y no me creen, ahora yo soy el problema. Vamos a la recámara y ella no está allí. Yo la vi deslizarse y entrar. Fue limpia la caída, el matrimonio duró apenas unas horas en el departamento después de mi visita, plena en la rodilla de avance y un rasguño en la izquierda de refilón. Una mujer se agacha y junta mis cosas, me da la cara, lo juro, es Amparo Dávila. Señala: Hidalgo y Allende...

Alejandro García

Dirijo un equipo editorial que tiene como eje la felicidad; no solamente buscamos la armonía en la oficina, sino con nuestros autores y proveedores. Sobre todo, queremos que los libros sean una manera de encontrar la felicidad. Hace unos meses publicamos *Sensación de lo ya vivido*, una selección de diez ensayos que invita a leer a Amparo Dávila, una de nuestras autoras favoritas, porque nos ofreció una literatura perturbadora, centrada en emociones como odio, desesperanza, clamor, soledad, indefensión, orfandad, crueldad, miedo, desesperación, histeria, tortura, escasez, frustración... La pregunta previa al proyecto fue: ¿cómo leerla puede contribuir a la felicidad? La respuesta fue clara: el proceso de escritura-lectura permite explorar las posibilidades fuera del aquí y el ahora, por lo tanto, conocernos a nosotros mismos en situaciones hipotéticas o reconocernos en lo que negamos, pero, al final, conocernos mejor, que es el principio de disfrutarnos, que es clave de la felicidad.

Judith Navarro Salazar

La palabra ambigua

Los cuentos de Amparo Dávila producen un efecto de perturbación en sus lectores, sensación de extrañeza, umbral hacia lo incomprensible. Las historias transitan espacios cotidianos que se transforman en escenarios sombríos —fantásticos, oníricos, siniestros— donde la palabra no alcanza para nombrar ese otro mundo revelado a los personajes. El lenguaje inefable y la palabra ambigua sostienen el mecanismo de las narraciones y generan el justo equilibrio de dos fuerzas opositoras, oscilantes. La escritura de Dávila abraza los contrarios. Ahí seguimos los lectores, atrapados en el fascinante juego de la conjetura y la sospecha.

Claudia Liliana González Núñez

«Retorno a Pinos»: La infancia y el último sol

Amparo Dávila expande cielos y oscuridades para develar el alma y despertar el cuerpo. En su libro *Poemas reunidos* (2011), escucho el susurro del tiempo: *Salmos bajo la luna* (1950), *Pérfil de soledades* (1954), *Meditaciones a la orilla del sueño* (1954) y *El cuerpo y la noche* (1965-2007). Siento su voz poética y apreció a la excelente narradora, sus certezas y encantamientos. Escribir en soledad palabras para recordar la tierra, regresar a casa, viajar en espiral hacia el origen. La poesía es sonido, soledad, y silencio que ondule el aire para retornar hacia la infancia y la luz: «Volveré hasta el pueblo mío, como vuelve el ave errante;/cansada de alturas y de espacios. /Volveré con la joyante luz de una atardecida; con el último/rayo, peregrino de sol./Con el último rayo de sol, rodando por las calles empinadas/y culebreantes, recorreré los lugares que me vieron niña; niña seré otra vez, cogida al recuerdo de las cosas!». La escritora zacatecana evoca lo propio desde la agonía y el miedo; lo extraño inmerso en lo psicológico sostiene un universo cultural religioso, que es también caída e imposibilidad del amor, pero siempre habrá un «Retorno a Pinos» y al último sol.

Elsa Leticia García Argüelles